

Un lugar en el mundo: Arendt, Weil y Zambrano

El pensamiento de Hanna Arendt, Simone Weil y María Zambrano tiene bastantes puntos en común, entre los que destaca de manera especial, la preocupación por la necesidad de “un lugar en el mundo” para el hombre.

Naturalmente, el método o punto de enfoque que toman las tres pensadoras no es el mismo. Pero aunque plantear sus diferencias podría ser de interés, al tratar sobre la ciudad he preferido dedicar esta intervención al encuentro al que parecen llegar, antes que a los diferentes caminos que eligieron para hacerlo. Para ello tampoco creo necesario profundizar en el momento histórico que compartieron (la Guerra Civil española o la II Guerra Mundial), a pesar de que marcaron sus trayectorias vitales e intelectuales con circunstancias comunes como la persecución y el exilio.

En *A la espera de Dios* leemos: «En este mundo nos sentimos extranjeros, desarraigados, exiliados. Como Ulises, al que unos marineros habían trasladado de sitio durante el sueño y despertaba en un lugar desconocido anhelando Ítaca con un deseo que le desgarraba el alma. De repente, Atenea le abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba en Ítaca. Así, también, todo hombre que desea incansablemente su patria, que no se distrae de su destino

ni por Calypso ni por las sirenas, se da cuenta de repente un día de que se encuentra en su patria».¹

En el ensayo sobre Segovia, María Zambrano escribe: «Un lugar donde se da el modo de visión que rescata a las cosas y a los seres de la confusión, de la ambigüedad, de las variaciones impresas por el roer del tiempo. Un lugar de unidad, en cuyo interior cosas y seres están recogidos sin estar aprisionados; comunicados sin estar encadenados ni sometidos a ninguna forma de continuidad forzada; donde parece estar cada cosa en sí misma, alojada en un cierto hueco que preserva a su ser y lo señala, y que lo comunica con todas las demás. Ello es vivir, vivir verdaderamente».²

Y Hanna Arendt, en *La condición humana*: «La tarea y potencial grandeza de los mortales radica en su habilidad para producir cosas —trabajo, actos y palabras— que merezcan ser, y al menos en cierto grado lo sean, impercederas con el fin de que, a través de dichas cosas, los mortales encuentren su lugar de un cosmos donde todo es inmortal a excepción de ellos mismos. Por su capacidad en realizar actos inmortales, por su habilidad en dejar huellas imborrables, los hombres, a pesar de su mortalidad individual, alcanzan su propia inmortalidad y demuestran ser de naturaleza “divina”».³

Notas:

¹ Weil, S., *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993, p. 110.

² Zambrano, M., *España, sueño y verdad*, Siruela, 1994, p.166.

³ Arendt, H., *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 31.

En estos fragmentos, se puede apreciar la idea de la necesidad de un lugar que sirva de resguardo al ser humano del extrañamiento y la herida del tiempo. Un lugar con el que pueda identificarse. Un punto de referencia en relación con el cosmos.

Para las tres pensadoras la posibilidad de este lugar sólo puede darse en la ciudad. Pero esta ciudad no aparece así sin más, sino que depende de la revelación del hombre como persona, de que éste desee de manera esencial convertirse en ser humano. Sin esta revelación la ciudad no puede existir, porque el ser del hombre y el de la ciudad van unidos. «La Polis podría haber dicho a su ciudadano: “de que seas un hombre depende mi existencia”». ⁴

Por diferentes motivos, como sufrir los vaivenes de la historia o la influencia de la sociedad, el hombre está en continuo peligro de alejarse de la realidad, en la que según palabras de Weil, «las cosas y los seres existen», ⁵ y entrar en la irrealidad del sueño. En el sueño el hombre está aislado, pues aún rodeado de otras cosas y otros seres, no los reconoce. El mundo común ha desaparecido y su lugar pasa a ser ocupado, según palabras de Arendt «por la opacidad triste de una vida privada centrada sólo en sí misma». ⁶ En el sueño también desaparece el movimiento, el tiempo se detiene y se convierte en un tiempo absoluto en el que se olvida el pasado y es imposible ver el futuro. De esta manera, puede convertirse en un refugio en el que el hombre se esconde para huir de la consciencia de los límites del tiempo humano. En esta condición ilusoria también desaparece el espacio, y el hombre se ve abocado al desarraigo del tiempo y el lugar humanos. En esta situación la ciudad corre el peligro de desapare-

cer para todos pues los desarraigados pueden utilizar la fuerza y, con el fin de obtener el poder, destruirla llevando también el desarraigo a los que sí la habitaban.

Para revelarse como ser humano, el hombre ha de despertar de este sueño y entrar en la realidad emprendiendo un camino de iniciación a la existencia humana. Para ello las tres pensadoras parecen coincidir en la necesidad del pensamiento y la contemplación como forma de amor, que revelará la verdad del mundo al hombre y el deseo de participar de ella. El encuentro con la realidad es entonces fruto de un movimiento doble: uno activo de desear, «para ser persona hay que querer serlo» ⁷; y otro aparentemente pasivo que supone el retiro, el vacío necesario para la aparición del pensamiento y la contemplación. «La superioridad de la contemplación sobre la actividad reside en la convicción de que ningún trabajo del hombre puede igualar en belleza y verdad al kosmos físico, que gira inmutable y eternamente sin ninguna interferencia del exterior, del hombre o dios. Esta eternidad sólo se revela a los ojos humanos cuando todos los movimientos y actividades del hombre se hallan en perfecto descanso», ⁸ escribe Hannah Arendt. María Zambrano: «Al pensar se hace un vacío en el cual disponemos realmente de nuestro tiempo: de este tiempo que se nos escapa instante a instante». ⁹ Y Simone Weil: «renunciar a ser en la imaginación el centro del mundo {...} es dar el consentimiento al reino de la necesidad mecánica en la materia y de la libre elección en el centro de cada alma. Este consentimiento es amor. La forma en que este amor se muestra {...} cuando se orienta hacia la materia, es el amor al orden del mundo, o, lo que es igual, amor a la belleza del mundo». ¹⁰

⁴ Zambrano, M., *Persona y Democracia*, Siruela, Madrid, 1996, p. 142.

⁵ Weil, S., Bousquet, J., *Correspóndanse*, L'age d'Homme 82.

⁶ Arendt, H., *Entre el pasado y el futuro*, Península, Barcelona, 1996, p. 9.

⁷ *Persona y Democracia*, op. cit., p.192.

⁸ *La condición humana*, op. cit., p. 28.

⁹ *Persona y Democracia*, op. cit., p. 101.

¹⁰ *A la espera de Dios*, op. cit. p. 99

Este *amor al orden del mundo* ha de llevar al hombre a aceptar los límites de su condición humana: «Así como aprendemos de niños a rectificar y reprimir lo ilusorio de la percepción del espacio debemos hacer otro tanto respecto a la percepción del tiempo, de los valores del ser». ¹¹ Aceptar el tiempo que pasa y como el héroe según H. Arendt «insertar el propio yo en el mundo y comenzar una historia personal». ¹²

Ese tiempo que es el propio del ser humano es compartido con los otros. Y es únicamente en esa comunidad donde puede aparecer la acción humana. Esta acción que nace del pensamiento y de la atención al mundo común, que para Weil «es la forma más rara y más pura de la generosidad», ¹³ constituye un verdadero nacimiento. Al realizar esa acción el hombre nace de nuevo y conjura el maleficio del tiempo que acaba, transmutándolo en un tiempo eterno de continuo nacimiento: «El milagro que salva al mundo, a la esfera de los asuntos humanos, de su ruina normal y natural es en último término el hecho de la natalidad, en el que se enraiza ontológicamente la facultad de la acción». ¹⁴ «La grandeza del hombre está siempre en el hecho de recrear su vida. Recrear lo que le ha sido dado». ¹⁵

Esta *acción* del hombre en el mundo es el principio indispensable para que pueda tener sensación de realidad tanto de él mismo como de la ciudad. «En esa desnudez, despojados de toda máscara —tanto de aquellas que la sociedad asigna a sus miembros como de las que el individuo se fabrica por sí mismo en sus reacciones psicológicas contra la sociedad— fueron visitados por primera vez en su vida por una

aparición de la libertad... habían tomado la iniciativa y, por consiguiente, sin saberlo o incluso a sabiendas, habían empezado a crear entre ellos el espacio público donde la libertad podía aparecer». ¹⁶

Esta ciudad es el espacio para la pluralidad, el mundo común que relaciona a hombres en libertad a través del discurso y la acción. Y si esta relación deja de existir la ciudad como espacio público también desaparece. Éste es el peligro de las grandes ciudades en las que «cuanto mayor sea la población, mayor posibilidad tendrá lo social sobre lo político de constituir la esfera pública». ¹⁷ Para Simone Weil la ciudad tampoco evoca lo social: «Las ciudades humanas... envuelven de poesía la vida de sus habitantes. Son imágenes y reflejos de la ciudad del mundo. Por otra parte, cuanto más forma de nación tienen, cuanto más pretenden ser patrias, más deformada y manchada es la imagen que ofrecen». ¹⁸ Y para Zambrano «lo más creador de esta llamada cultura occidental ha sido la ciudad. Los estados, todos, se han alzado sobre ella y han extraído de ella su inspiración, pagándosela con leyes genéricas». ¹⁹

La comunidad de la ciudad es también el espacio ideal para asegurar alrededor del hombre la continuidad en el tiempo, la relación con el pasado y la promesa del porvenir. Y es en esa comunidad donde gracias a las acciones humanas el tiempo que pasa se transmuta en un espacio que permanece y el hombre puede encontrar al fin el lugar que no tenía. Es el participar de esta comunidad lo que permite el encuentro del hombre con su espacio o su lugar en el mundo. Pero éste no es la ciudad en sí sino

¹¹ Ibid.

¹² *La condición humana*, op. cit., p. 210.

¹³ *Correspondanse*, op.cit.

¹⁴ *La condición humana*, op. cit. p. 266.

¹⁵ Weil, S., *La gravedad y la gracia*, Trotta, Madrid, 1994, p. 207.

¹⁶ *Entre el pasado y el futuro*, op. cit., p. 10.

¹⁷ *La condición humana*, op. cit., p. 53.

¹⁸ *A la espera de Dios*, op. cit., p. 111.

¹⁹ *España, sueño y verdad*, op. cit., p. 163.

lo que ella permite: el discurso humano. La palabra es el lugar en el mundo para el hombre, pues como dice Zambrano «la historia nos muestra que no le es posible al hombre instalarse en lugar alguno».²⁰ Es la palabra casi encarnada, que significa, que es acto y que nace de esa acción que es también el pensamiento, esa palabra que es capaz de fundar eternamente un espacio para el hombre, el espacio en el tiempo que se forma cuando dos personas hablan.

Una vez constituido ese mundo común del hombre es necesario protegerlo pues, como nos recuerda Zambrano, «en el fondo de la historia, todo humano delito sigue siendo un pecado contra la ciudad».²¹ Para ello han de confluír arte y política, que aún a pesar de su constante desacuerdo a lo largo de la historia, como Han-

nah Arendt muestra en su ensayo, «La crisis en la cultura»,²² los dos están dedicados a constituir y cuidar de ese espacio público en el que es posible la vida en común. Esta unión también resuena en las palabras de la destrucción de Cartago recogidas por Simone Weil: «Después rogaron a los romanos que, si lo que querían era hacerles daño, exterminasen a toda la población, pero preservasen la ciudad, las piedras, los monumentos y los templos, a los que nada se podía reprochar; añadieron que eso sería menos vergonzoso para los romanos y hartamente preferible para el pueblo de Cartago».²³ Pues si la creación del artista es capaz de resucitar «Cartagos», como comenta Flaubert en su gestación de la novela *Salammbó*: «Peu de gens devineront combien il a fallu être triste pour ressusciter Carthage», impedir que se destruyan es misión de los preparados para la política.

Carlos Velilla
Siccum lumen (1991)



²⁰ *Persona y democracia*, op. cit., p. 45.

²¹ *España, sueño y verdad*, op. cit., p. 175.

²² «La crisis en la cultura: su significado político y social», *Entre el pasado y el futuro*, op. cit.

²³ Weil, S., *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996, p. 138.